

ILLINOIS

DIARIO DE UN SUICIDIO

CAPITULO I

Un autobús acababa de hacer entrada en la estación de la avenida Madison. El motor rugió por última vez deteniéndose en el andén número veintidós inundado por el agua caída durante la mañana. En frente, a unos pasos de las columnas ennegrecidas por el humo, dos ancianos discutían fervorosamente sobre el aspecto que presentaba el edificio unos años atrás, al tiempo que uno de ellos intentaba pasar las hojas de un periódico con las manos enguantadas. Próximos a ellos, varios niños jugaban a saltar sobre los charcos de agua estancada sin prestar atención a las palabras del regidor que había empezado a hacer señales a los conductores que acaban de acceder a la estación, para indicarles la posición exacta de los márgenes de estacionamiento, donde un grupo de mujeres hacían tiempo a la esperada apertura de la puerta automática del autobús. De repente, una repentina expulsión de aire de los frenos, dio paso a la salida de varios jóvenes que comenzaron a bajar del interior del vehículo obligando a los amortiguadores a tensarse y destensarse acompañados de un sin fin de quejidos metálicos.

— ¡Pensé que ya no llegabas!— exclamó una mujer vestida con una falda negra y unas botas de tacón. Con un gesto bien estudiado, se quitó las gafas de sol manteniéndolas en las manos.

— ¿Lo dudabas?— respondió un joven que llevaba un pantalón del mismo color y una cazadora de los Chicago Bulls de la anterior temporada. Dando un salto desde el primer escalón, consiguió pasar la nieve que se había acumulado a unos pocos centímetros de la rueda delantera, y le dio un cálido abrazo.

— ¿Cómo estás?

— Perfectamente, mamá. Todo ha ido muy bien— le respondió cariñosamente mientras la agarraba por la cintura — ¿Sabe papa que sales a pasear así de guapa?

—No seas tonto— dijo ella sonriéndole—. Dime ¿Sabes algo? Te llamé la semana pasada y nadie sabía decirme dónde estabas.

—Aún no. Imagino que en un par de días todo se habrá solucionado. Tiempo suficiente para volver a disfrutar un poco ¿No crees? Todo este tiempo me ha dado que pensar, y creo que necesito unas vacaciones— murmuró—. Y respecto a la llamada... la verdad es que quise quitarme de en medio un tiempo, estaba demasiado cansado.

—Ahora podrás descansar lo que quieras, — dijo ella dándole un beso en la mejilla que se tiñó de carmín.

Hijo único en una familia acomodada de la ciudad, Edward Lander había tenido la posibilidad de entrar en la universidad de medicina de Boston a la temprana edad de veintidós años. Inteligente y de ágil palabra, pronto destacó del resto de alumnos llegando a entablar una grata amistad con el rector de la facultad de Chicago, el señor Homer Kind, un viejo bonachón y calvo, que mantenía siempre una pipa de fumar entre sus gruesos y amoratados labios, rancios por el tabaco. Valiéndose de varias recomendaciones del académico y tras finalizar la carrera de medicina de forma brillante, Edward solicitó terminar los estudios en el Hospital Saint Louis de Chicago, donde Kind mantenía unas buenas relaciones con su director.

— ¿Crees que encontraremos alguno libre? —preguntó Edward con el brazo en alto, sin perder de vista a los taxis con el cartel de ocupado que recorrían la avenida. En un segundo intento, un Ford Taunus estacionó a unos pocos pasos de la acera. El conductor, de mediana edad y pelo corto y rizado, les hizo una señal para que entrasen mientras apartaba algunos papeles del asiento delantero.

— ¿Dónde les llevo?

— ¡A la calle Randolph, por favor!— exclamó la mujer, observando desde el asiento trasero el gesto de aprobación del conductor, que pisó el pedal del acelerador para incorporarse a la circulación con rapidez. A lo lejos, una gran nube oscura ascendía lenta y serpenteante desde las altas chimeneas situadas en el centro industrial.

—Me encantaría estar ahí— reconoció Edward, señalando la postal a color que el conductor había colocado en el techo del automovil. Una leyenda en el margen inferior hacía referencia a las playas del sur de Cuba.

—Le aseguro que es un paraíso— comentó el taxista en acento sureño, mientras le sonreía a través del espejo retrovisor. Segundos después se detenía al lado de unos grandes almacenes.

— ¿Qué ocurre?— se interesó Edward, mirando por encima del salpicadero.

—Un atasco—le respondió el taxista, que apoyó desesperado los brazos sobre el volante—. Ya lo decía mi compañero, las mañanas están hechas para pasarlas con la almohada y no para trabajar.

— ¿Ve algo?—lo interrumpió la mujer, incorporándose un poco desde su asiento sin querer prestar mucha atención a su comentario.

—Nada de nada, señora— dijo el conductor sin cambiar de posición. Después colocó la palanca en el punto muerto y retiró con suavidad el pie del freno. En ese instante, la luz roja de la emisora de radio comenzó a parpadear como si siguiera el ritmo de la música jazz.

— ¡Número veintitrés y cincuenta y dos, acérquense a la calle Mádison, hay un par de clientes que se dirigen al aeropuerto! ¡Evitad los alrededores del parque Garfield, parece que han cortado varias calles!— explicó una voz femenina al otro lado del

auricular. Atento, el conductor del Ford Taunus, asió el micro con la mano derecha y se lo llevó a la boca.

— ¡Central, aquí número 125!

— ¡Diga 125!

— ¿Sabe la causa del atasco de la calle Garfield? Llevo parado varios minutos y no puedo ver nada desde aquí— insistió impaciente.

—Aún no. Se lo haré llegar en cuanto sepa algo. De todas formas puede dar un rodeo por la calle Maslow, es posible que tenga un poco de suerte.

— ¡Bajémonos aquí!— interrumpió Edward, observando la mirada recriminatoria del conductor.

—Pero hijo, aún estamos bastante lejos de casa.

—Así desentumeceremos las piernas. Tanto tiempo en ese autobús ha hecho que pierda la sensibilidad en los dedos de los pies ¡Vamos!— exclamó, abriendo la puerta.

—Pero..., está bien— dijo resignada, sacando del bolso la cartera— hoy no te negare nada. Dígame, ¿cuanto le debo?

—Son cinco dólares con cuarenta y cinco, señora.

—Tenga y quédese con el cambio —dijo entregándole un billete de diez dólares.

Al salir del automóvil, sortearon varias furgonetas de reparto para llegar a la acera que se encontraba completamente cubierta de nieve. Por otro lado, el hielo había comenzado a derretirse formando pequeños charcos de agua sobre las hondonadas del césped del parque Garfield, convertido por unas horas en un inmenso mosaico. Al otro lado de las vallas, un sinfín de coches permanecían detenidos con el motor en marcha a lo largo de la avenida mientras los gases eran retenidos por el millar de árboles que decoraban de verde aquella parte de la ciudad.

Al cabo de una hora, estaban a tan solo unas manzanas de la calle Randolph. Cansados, decidieron hacer un descanso y tomar un perrito caliente, sentados en uno de los bancos de madera que decoraban una de las plazas del barrio empresarial. A unos pocos metros de distancia, un Mustang del ochenta y nueve de color rojo se detuvo invadiendo ágilmente la acera.

— ¡Edward!— gritó una voz desde el interior. Incorporándose del asiento, le cedió el perrito a su madre que hizo un esfuerzo por no mancharse el vestido de salsa de tomate.

— ¡Gerard! ¿Qué diablos haces aquí?

— ¿Es que no te acuerdas?

—Lo siento. Últimamente tengo demasiadas cosas en mi cabeza— respondió, dejando escapar unas carcajadas mientras le cogía las manos en símbolo de amistad.

—Te dije la semana pasada que vendría a verte, ¿recuerdas?

—Es cierto. Lo había olvidado.

— ¡Vamos, subid de una vez!— les ordenó, haciéndole una señal con la mano para que se dieran prisa, observando por el espejo retrovisor los gestos de impaciencia del conductor de la furgoneta del supermercado chino de la esquina.

—Y éste coche... ¿de donde lo has sacado?

—Hola señora Lander— dijo el muchacho, inclinando el asiento de cuero negro hacia delante para cederle el paso—. Me lo ha prestado mi tío Nicolae. Te gusta, ¿verdad? Es un poco antiguo y gasta demasiado, pero creo que es el mejor coche que se puede conducir. He pasado horas unido a este asiento y te puedo asegurar que no he conducido nada similar en mi vida.

—Hola Gerard— respondió ella con una sonrisa de agradecimiento. Tras tomar asiento, se desabrochó un poco las botas, sintiendo cómo disminuía la presión en sus tobillos—. No sabes lo que te agradezco que te hayas parado— murmuró. Tras cerrar la puerta con cuidado y pedirles que se abrocharan los cinturones, Gerard apretó el acelerador para incorporarse una vez más a la concurrida circulación.

— ¿Qué tal te ha ido en la Universidad?

—Ya sabes, un poco de todo— comentó Edward, sin apartar la vista del retrovisor—. He conocido mucha gente y he aprendido lo suficiente como para pedir el traslado a Chicago.

—Si, si. Ya me contaste, y... ¿esa chica?

— ¿Qué chica?— replicó, mirando de soslayo a su madre, que parecía no estar prestando demasiada atención a la conversación.

— ¡Se fue con otro más guapo y más rico!— bromeó Gerard, dejando escapar una carcajada. Levantando el pie del acelerador, atravesaron el río por el puente Franklin, y giraron a la izquierda por la calle Dr. Upper Wacker hasta Lasalle, donde un par de jipis hacían juego malabares con un diábolo de madera. A su lado, una joven de largas trenzas rasgadas, pasaba un platillo entre los viandantes que miraban el espectáculo con desconfianza. Los alrededores del James R Thompson estaban abarrotados de gente, impidiéndoles el paso hasta la puerta mecánica que daba acceso al garaje del imponente edificio.

—He pasado demasiado tiempo lejos de esta ciudad— comentó Edward, observando el tanteo que hacían un par de mendigos en los bancos de un jardín, donde probablemente pasarían la noche.

—Espera un momento. Creo que tengo el mando a distancia en el bolso — se apresuró a decir su madre, rebuscando en el interior del bolso— ¡Aquí está!— exclamó,

dejando caer el bolso entre sus piernas. Con un suave manejo del mando, la pesada puerta comenzó a plegarse sobre sí misma escondiéndose en el hueco del techo, desprendiéndose de la viga una pequeña cantidad de nieve endurecida que terminó golpeando el capo. A continuación, el Mustang descendió lentamente la rampa iluminada por un par de tubos fluorescentes, giró a la izquierda y atravesó el pasillo deteniéndose frente a los ascensores. Tras abandonar el coche, bordearon los charcos de agua próximos a las cañerías, y pulsaron el botón del ascensor. Unas letras blancas se iluminaron tenuemente dejando entrever un “Wait please” parpadeante. En pocos segundos las gruesas láminas metálicas del ascensor se deslizaron suavemente dejando que la claridad invadiera el garaje. Desde el interior, un señor de mediana edad vestido con un traje azul marino abotonado y una gorra del mismo color, los saludó alzando la mano sin salir del elevador.

—Buenas tardes, señora Lander.

—Buenas tardes.

— ¡Hola Charles!— exclamó Edward dándole una palmada en la espalda.

—Hola señorito Edward ¿Ya ha terminado sus estudios?—se interesó, estrechándole la mano.

—Aun no, Charles, pero falta poco. Mira, te presento a mi amigo Gerard.

—Encantado.

—Lo mismo digo— respondió el joven de Boston, estrechándole la mano amistosamente antes de pisar el suelo de madera.

— Al segundo piso, ¿verdad, señora Lander?

—Sí, por favor.

Tras pulsar el número dos, las puertas se cerraron lentamente ante sus ojos comenzando el ascenso. El estrecho habitáculo vibró armoniosamente como si su propósito fuese adormecerlos. Segundos después se detuvo precedido de un timbre.

—Gracias Charles.

—Siempre a su servicio, señora Lander— respondió antes de volver a desaparecer tras las dos planchas cromadas. A continuación, atravesaron el amplio pasillo sin hacer demasiado ruido. Allison Lander, sacó las llaves del bolso y la introdujo con cuidado en la cerradura. Tras escuchar un “clic”, giró la maneta a la izquierda abriendo la puerta blindada. Un aire cálido procedente del interior acarició sus mejillas.

—Veo que ya funciona la calefacción— comentó su hijo al traspasar la entrada.

—Sí. La arreglaron hace un par de semanas—confesó. Al pisar la moqueta, el piso se iluminó completamente, dejando entrever dos troncos del Brasil que habían empezado a secarse. Edward se quitó los zapatos y se sentó en el sofá de piel, colocando los pies sobre la silla que tenía a su izquierda.

— ¡Vamos Gerard, siéntate aquí!

—Gracias— respondió, imitándolo.

—Chicos, ¿tenéis hambre?

—Un poco.

—Entonces os prepararé unos huevos y algo de beicon.

—Gracias señora Lander— dijo Gerard, echándose cómodamente sobre el sofá.

Desde el salón, se podía observar el lento descenso de los copos de nieve que se deshacían poco a poco antes de llegar al suelo de la terraza. A lo lejos, despuntaba entre destellos los rascacielos próximos al lago.

Poco después, Allison apareció portando una bandeja en la que llevaba dos platos con un par de huevos y varias lonchas de bacon humeantes.

—Aquí tenéis. ¡No tardéis demasiado os se os van a enfriar!— exclamó, apartando con la mano uno de los cojines del sofá. El televisor de plasma se encendió mostrando las imágenes de la ciudad de Los Ángeles nevada.

—Creo que subiré un poco más la calefacción—, dijo Edward levantándose. Rodeó la mesa y se dirigió a la entrada, abrió la portezuela del térmico y deslizó la manecilla hasta los 25 °C. Al otro lado de la habitación, la luz del sol comenzaba a entrar por las cristaleras de la terraza, eliminando el escaso vaho agolpado en los cristales. Edward atravesó la sala de estar y abrió el pestillo dejando pasar una ráfaga de aire frío del exterior. Se colocó las zapatillas, y salió fuera, respirando el aire limpio que le proporcionaba la altura del edificio. El frío se hacía aún más palpable allí arriba, incluso para sentir la rotura de los cristales de hielo entre sus dedos al agarrar la baranda. Sin embargo nada podía compararse a la sensación de sentirse libre, sin ataduras mentales que lo ligasen al día a día del mundo. No había nada que se interponiese entre él y el cielo de Chicago. <<He pasado demasiado tiempo fuera>>, pensó, mientras llenaba sus pulmones de aire. Después miró a la derecha y observó el James R Thompson Center que comenzaba a ser invadido por multitud de oficinistas. A su izquierda, el Ford Center rodeado por un abanico de enormes estatuas de bronce. << ¡Por fin en casa!>>— recapacitó de nuevo, sin dejar de observar el trasiego de personas por las concurridas aceras de la calle Randolph. Un camión cisterna atravesaba la avenida en dirección a los grandes polígonos industriales situados a varios kilómetros del centro. Una decena de funcionarios de limpieza encabezados por dos mujeres con uniformes de diferente color,

dirigían la mirada hacia las ocluidas alcantarillas incapaces de solventar la cantidad de aguanieve que comenzaba a diluirse.

— ¡Edward, se te enfriará la comida!

—Ahora voy — respondió tomando una última bocanada de aire. A pesar de estar en la segunda planta, la altura y la humedad de la nieve, le permitía estar más alejado del humo de los coches. En ese instante, el entumecimiento de sus manos, le recordó las palabras de su madre. Restregándolas un poco, regresó al interior y cerró la enorme cristalera que vibró al recorrer las guías de aluminio.

Pasaron un par de horas. Edward y Gerard habían abandonado el salón para recluirse en la habitación de estudio situada al final del pasillo. El teléfono sonó varias veces. Allison apagó la luz del pasillo y se sentó en la silla situada junto a la estantería, apartando con cuidado los artículos del **New York Times** y del **Washington Post** que había estado guardando desde hacía un par de semanas. Después deslizó la pequeña repisa de cristal y extrajo con cuidado el aparato colocándose al oído.

— ¿Sí?

— ¡Allison! Soy yo cariño. Disculpa por no haber llamado antes, pero hemos tenido muchos problemas para llegar hasta el hotel. Nos han retenido en el aeropuerto un par de horas por el temporal. Dime, ¿qué sabes de Edward?

—Hola cariño, pues... Ya ha llegado, está en su habitación con Gerard.

— ¿Gerard, su amigo de Boston? ¡Qué sorpresa! ¿Y qué hace ahí?

—Así es, ha venido a verle esta mañana. Ya sabes, este chico nunca cambiará.

—Si, lo sé.

—Dime, ¿cuándo llegas de Los Ángeles?

—Por esa razón te llamo. Como te he dicho, todos los aeropuertos están cerrados. Parece ser que hay una gran tormenta y es imposible hacer despegar los aviones en estas condiciones sin correr el riesgo de estrellarnos.

—Sí, lo hemos escuchado esta mañana en los informativos, pero nunca pensé que fuera tan grave. Entonces... ¿no sabes cuando regresas?

—Nos han dicho que es posible que remita el mal tiempo dentro de tres días, mientras tanto me hospedaré en el mismo hotel de la semana pasada. Coge lápiz y papel, este es el número de teléfono.

—Espera un segundo— dijo ella levantándose de la silla para abrir nuevamente el cajón que tenía a unos metros de la mesa. Sacó una caja de madera gustosamente decorada, e hizo un poco de fuerza para separar las plaquitas doradas que la mantenían cerrada. Arrancó un trozo de papel de una libreta y tomó un bolígrafo del arca en el que se podía leer “marquetería La Sinagoga”. — Dime.

—213—555 908.

— ¿Lo tienes?

—Sí, ¿cuál es la habitación?— volvió a preguntar ella sin soltar el bolígrafo.

—Tienes razón, ya se me olvidaba. Es la doscientos uno—le respondió con el sonido entrecortado—. Bueno, te dejo, voy a coger un taxi con un compañero del trabajo, creo que aprovecharemos el día para visitar la ciudad y tomar un par de cervezas.

—Está bien. Adiós. Un beso— se despidió, guardando el teléfono en el mismo cajón. Después dejó la nota sobre la repisa de cristal y se dirigió al dormitorio de Edward. Tras atravesar el pasillo, giró a la derecha y golpeó con los nudillos la puerta de madera de la habitación. Al fondo, pegado a la ventana de la terraza, ambos amigos jugaban con un videojuego de la NBA.

—Ha llamado tu padre, Edward— comentó elevando un poco la voz. Él dejó el mando sobre la alfombra y se incorporó de un salto dejando caer un par de CD al suelo.

— ¿Qué te ha dicho? —preguntó, colocándose bien el pelo— ¿Vendrá mañana?

—Ahora mismo está en Los Ángeles, pero no puede coger el avión por el temporal, así que estará en la ciudad algunos días más.

—Claro— respondió acostumbrado a no verlo desde pequeño—, no importa.

—Me ha dicho que te diera un beso— comentó antes de cerrar la puerta y dirigirse de nuevo al salón. En la televisión, los informativos mostraban las imágenes del río Chicago cubierto de nieve, mientras el agua fluía lenta, casi impasible, bajo los enormes cascos de hielo. A continuación, Allison ordenó algunos papeles de la mesa y se sentó en el sillón con un libro en la mano.

—Veo que te ha gustado el regalo— la sorprendió Edward, acariciándole el hombro derecho.

—Me has asustado— reconoció ella, llevándose las manos al pecho.

—Perdona pero..., no tenía más ganas de jugar.

—Estaba completamente convencido de que te haría ilusión tenerlo de nuevo.

¿Sabes?, lo encontré en una vieja librería del centro de Boston. Lo primero que me llamó la atención fue la librera. Aún tengo grabada en la retina la imagen de esa mujer sentada en su mecedora de madera leyendo a Kafka. Me encantó su acento sereno y amable, y la forma que tenía de pasar aquellas hojas como si fueran tan débiles que se fuesen a romper en cualquier momento. Luego le hablé de ese libro, y me acompañó a un escritorio que mantenía apartado del público. Abrió el cajón y sacó dos ejemplares exactos. Ese es uno de ellos.

—Pero... ¿Cómo lo supiste?

— ¡Estás de broma! ¿Cuántas veces has dicho que te gustaría tenerlo? ¿Veinte, treinta veces? Ni siquiera lo recuerdo.

—No lo sé Edward, de todas formas me encanta.

— ¿De qué habláis?— los interrumpió Gerard, que acababa de abandonar la habitación con una bolsa de patatas fritas en la mano.

— ¡De tu apetito!—, exclamó la mujer robándole algunas de la bolsa.

Fuera, las máquinas patrullaban incansables tratando de apartar los montones de nieve acumulada a ambos lados de la carretera añadiendo grandes cantidades de sal. A unos pocos metros, algunos operarios terminaban de limpiar las aceras con cepillos de mano que sacudían una y otra vez sobre el asfalto.

— ¿Crees que entrarás en el hospital?

—No estoy seguro, Gerard. De todas formas puedo elegir algunos de Boston, Los Ángeles y New York— respondió, mientras terminaba de recoger la mesa.

—La verdad es que aún me cuesta entender el por qué dejaste la carrera de periodismo. Estaba convencido de que sería tu gran proyecto. Ya te veía con las manos manchadas de tinta en una revista de ciencia o algo parecido.

—No sé. Yo también creí en un principio que había elegido bien. Ya sabes que siempre se me han dado bien las letras, pero a la hora de la verdad, cuando me ponía a ello, sentía como las ideas no fluían como al principio. Es como si hubiese perdido esa fluidez. Ya sabes de lo que te hablo.

—Y... ¿por qué escogiste el Saint Louis? Te podrías haber quedado en Boston. He oído que hay buenos hospitales allí.

—Si te digo la verdad... aún no lo sé. Quizás por cercanía a mi familia, o por consejo de Homer Kind. Él se ha encargado de todo desde un principio, y creo que no

sería aconsejable dejarlo tirado de esa forma. De todas formas es un hospital bastante importante.

—Eso no lo pongo en duda — ironizó su amigo, siendo interrumpido por el agudo timbre del teléfono.

— ¡Yo lo cojo!— gritó Allison desde la cocina. Pasaron varios segundos. Los dos muchachos permanecían atentos a las palabras de la mujer en la conversación.

— ¡Edward, es para ti!

— ¿Quién es?

—Un tal señor Kind— comentó desde la puerta, dejando entrever una porción de sus tobillos.

— ¿Kind? ¡Ah, Homer Kind!— acercándose rápidamente—. Buenas tardes— dijo llevándose el teléfono al oído—. No aún no me han llamado, pero nunca pierdo la esperanza, señor— murmuró, golpeando suavemente con los dedos la carcasa de plástico sujeta a la pared de la cocina—. De acuerdo señor Kind. Así lo haré. Hasta mañana.

—Vaya voz tiene ese hombre— comentó Allison, asegurándose de que el teléfono estaba bien colgado— ¡Dime! ¿Qué te ha dicho?— se interesó mientras se secaba las manos con un paño de cocina amarillo.

—Dice que ha hablado con el director del Sant Louis, un viejo amigo suyo. Parece que está interesado en conocerme, aunque también me ha aconsejado que no me haga ilusiones. Parece que va a ser más difícil de lo que pensaba.

— ¿Y qué? ¿Algo más?

—Nada más. Tan solo que espere hasta mañana— dijo, entregándole el último plato a su madre para que lo dejase sobre la encimera. Después, regresó a su habitación tomando un chaleco de lana y un polar que dejó caer sobre su hombro derecho.

— ¿Vais a algún sitio?

—Vamos a andar un poco. Aún es demasiado pronto para darle tantas vueltas a la cabeza.

—Como queráis.

— ¡No nos esperes levantada!— exclamó Edward abriendo la puerta del piso. Al salir el pasillo estaba a oscuras. Pulsó el interruptor de mercurio y esperó unos segundos hasta que se hizo la luz.

— ¿Vamos por aquí?— preguntó Gerard señalando las escaleras.

—De acuerdo, pero me debes una cerveza por hacerme bajar dos pisos a estas horas.

—Jaja. Está bien. Cada vez me sales más listo— ironizó dándole dos o tres palmadas en la espalda—. A medida que descendían, iban sintiendo como las manos se les entumecían por el frío. <<Se habrá estropeado otra vez la caldera>>, pensó Edward frotándose las manos con intensidad. Al fondo, una pequeña bombilla recubierta de polvo iluminaba tenuemente el final de las escaleras. El leve burbujeo del agua en el interior de la caldera, resonaba sobre sus cabezas como si hubiese perdido algo de calor. Sin detenerse, tomaron el angosto pasillo de la izquierda y empujaron la puerta metálica que daba al garaje.

— ¡Vamos ahora en mi coche!—le sugirió, dirigiéndose al extremo sur del sótano, donde la pendiente permitía el desarrollo de pequeñas escorrentías que terminaban en el fondo de un sumidero grasiento.

— ¿De dónde lo has sacado?— dijo Gerard, al ver la última gama del BMW cupé.

—Me lo ha regalado mi padre ¿Te gusta?

— ¡Ya lo creo! ¡Menudo cochazo!

—Pues vamos— señaló, aproximando la tarjeta electrónica a la puerta del automóvil. Al sentarse, sintieron cómo aumentaba poco a poco la temperatura del

respaldar. Echaron la capota, y salieron al exterior esquivando los charcos que se habían formado junto a la boca de incendios. A lo lejos, pudieron ver el puente Madison completamente iluminado.